

LOS ARRIBISTAS

Por desafortunado privilegio, España ha sido un país con abundancia de pícaros, buscones, pedigüeños, tramposos, truhanes, pillos, advenedizos.... El género está formado por muy diversas especies, subespecies y tipos, imposibles de enumerar y que son, como algunas composiciones musicales, variaciones sobre el mismo tema: la personificación de la malicia y el engaño. Engaño y malicia que con verdadero virtuosismo de artistas, utilizan como instrumentos para sus fines, los más inconfesables, o por simple ejercicio placentero.

La literatura española es harto generosa en esta clase de individuos, lo que no deja de ser un hecho preocupante y revelador. En nuestros clásicos puede admirarse una amplia muestra de galopines, bribones, golfos, haraganes, meretrices.... Lázaro, Guzman, Pablos, Rinconete, Justina son arquetipos que han traspasado la barrera del tiempo, alcanzando una inmortalidad no justificada, precisamente, por sus ejemplares heroicidades.

Y lo malo no es que determinadas condiciones de una época propicien su aparición; lo grave, lo calamitoso, es que no sirve destruir el caldo de cultivo -las circunstancias- para que desaparezcan pues, como ciertos virus, cambian de forma, mutan, se hacen resistentes y atacan con sorprendente y renovada malignidad.

Siempre han existido los malvados y vividores; no puede olvidarse esta verdad. El clásico pícaro tiene un largo árbol genealógico que se pierde en la oscuridad del pasado remoto; pero hay que reconocer que, por lo menos, poseía cierta ingenuidad y que le bastaban acciones de menor cuantía, casi infantiles trastadas y travesuras, de las que obtenía un mísero lucro para matar

el hambre y seguir recibiendo la diaria azotaina de su azarosa vida; vida sazo nada, eso sí, con la gozosa alegría de haber consumado sus propósitos. Hazañas éstas, por otra parte, que implicaban, con frecuencia, merecido castigo para la avaricia y egoísmo de los burlados.

Más tal especie ha quedado, con el tiempo, marginada, arrinconada en ambientes suburbanos; pero dio lugar, por evolución, a otras refinadas, hábiles, maquiavélicas, que se enquistan en el cuerpo social minando valores y succionando, parasitariamente, savia de esfuerzos ajenos.

Sería poco menos que imposible reseñar las variedades generadas, las transformaciones y mutaciones ocurridas: desde el simple descuidero al traficante de drogas o armas, pasando por estafadores, gangsters, mercenarios.... Con todos ellos podría establecerse una enorme escala ascendente, hasta alcanzar el grado más elevado de maldad. Pero no es éste nuestro propósito; vamos sólo a referirnos a una clase inferior de la hipotética escala, con vocación pero sin capacidad bastante para conseguir en ella altas cotas, -hasta para destacar en el mal se necesita una especial grandeza de alma-, y que hoy prolifera con intensidad creciente: el arribista desaprensivo, sin principios ni escrúpulos, incapaz de afectos y de lealtad; un ser veleidoso y versátil, con ágil facilidad acomodaticia a todas las situaciones y al soplo de cualquier viento, venga de donde viniere, sin que la mudanza y el travestismo le causen el menor sonrojo ni la mínima preocupación. La estrella polar que guía su conducta, acciones y andanzas, se encuentra siempre en el logro fácil y rápido de objetivos que, si en principio pueden ser lícitos, los medios de que se vale los hacen inmorales; pues utiliza traiciones, falacias, maledicencias, calumnias, adulaciones.... Con carencias de fé en sí mismo y en los demás, sin esos ideaeles firmes y concretos -equivocados o no- que hacen al hombre digno de respeto, solo pretende situarse en posición cómoda. Y para ello se apoya en quienes piensan pueden desbrozarle el camino. La hipocresía, la lisonja, el servilismo y la adhesión "incondicional" a creencias e ideologías que no comparte, son

armas sutiles que utiliza con desfachatez y desvergüenza antológicas. Claro que nada de ésto impide, cuando avizora algún cambio más favorable a sus intereses, para lo que tiene una especial intuición, revolverse con pasmosa velocidad y vender o vituperar al que antes regalaba y anesthesiaba con el sahumerio de sus atenciones y alabanzas.

En nuestros días, con una joven y anémica democracia que se asusta de actuaciones enérgicas y que no ha comprendido aún el verdadero significado de la libertad, - respeto a los demás y un concepto ético estricto de la existencia y de los comportamientos -, el arribista encuentra ambiente favorable y situaciones óptimas para expandirse y encaramarse al socaire de la ignorancia, la inexperiencia, la buena fé y la más o menos justificable ambición de políticos, personajes y personajillos que pululan por todos los estamentos sociales, prestándoles sus colaboraciones; servicios que, con frecuencia, solapadamente, otorgan de manera simultánea a unos y otros, estén o no enfrentados, con objeto de obtener seguro provecho.

Esperemos: que con el tiempo, cuando comprendamos que es mejor un enemigo leal que mil amigos de esta pícara, execrable y retorcida mente, desaparezcan, si no de forma definitiva -resultaría utópico-, si de las zonas de influencia, ya que contaminan, infēctan, enturbian y desprestigian el ambiente donde se sitúan, haciendo que toda persona inteligente y honesta rehuya su contacto y, en consecuencia, el de quienes los apoyan o utilizan, por aquéllo tan simple que pone de manifiesto la esabiduria y experiencia popular recogida en el refranero: " dime con quien andas..."